

cristo, que sólo vivió para hacer la voluntad de su Padre celestial. (*In Christo Jesu Domino nostro.*)

Así termina la Epístola, y así quiero terminar yo ahora, diciéndos: «Cristo es el ejemplar del cristiano: toda nuestra perfección y nuestra santidad consiste en imitar á Cristo; á Cristo vivo, muerto, sepultado, resucitado y glorioso. Cristo murió y Cristo resucitó para no volver á morir más; nosotros, si morimos con Cristo, resucitaremos con Cristo, con tal que no tornemos á morir por el pecado. En suma; vivir en Cristo, según Cristo, y todo por amor de Cristo; esto es ser un buen y perfecto cristiano; esto es lo que continuamente nos está predicando nuestro Bautismo, y esto es lo que significa el Apóstol, cuando termina la Epístola de hoy, diciendo: *Considerad que estáis ciertamente muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.*»—*In Christo Jesu Domino nostro.*—Así sea por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 1.^a

Para el Domingo VII después de Pentecostés.

Transformación del alma por el Bautismo.

HERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la presente Dominica es continuación de la que hemos considerado en la anterior. En aquella nos decía el grande Apóstol, que por el Bautismo habíamos muerto al pecado, á las concupiscencias y á las vanidades del mundo, comenzando á vivir la vida de la gracia, vida sobrenatural y divina, con obligación de perseverar en ella, y crecer en santidad y perfección, á semejanza de Cristo, nuestro ejemplar y nuestro modelo, que resucitado y glorioso, vivió todo para Dios, para alabarle y adorarle, buscando en todo y siempre su honor y gloria.

Pues bien; ahora, dando el Apóstol un paso más, y después de exhortarnos á que demos gracias á Dios por habernos libertado de la esclavitud de la culpa, para entregarnos al servicio del Señor,

nos habla de esta manera: «*Hermanos; cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne, y es, que así como antes habéis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la inmundicia y á la iniquidad, así ahora los empleéis en el servicio de la justicia para que os hagáis santos.*» (Rom., VI, 19.)

Hermanos carísimos: ¿puede concebirse cosa más justa y más factible que esto que hoy nos propone el Apóstol? Antes nos dijo que, en virtud de la gracia del Bautismo y de la promesa solemne que en él hicimos de renunciar al diablo, al pecado, al mundo y á sus pompas y vanidades, debíamos vivir para Dios, puros á inmaculados, y ahora añade únicamente *que hagamos para ser buenos lo mismo que antes hacíamos para ser malos.* ¿Quién no podrá hacerlo? Para animaros, pues, á ello, intento manifestaros previamente dos cosas:

- 1.^a Lo que es el estado de culpa original.
- 2.^a Lo que es el estado de gracia bautismal.

PUNTO 1.^o

ESTADO DE CULPA ANTES DEL BAUTISMO

No hay mayor desdicha en el mundo que vivir en estado de pecado mortal. Oid unas palabras del Profeta Ezequiel dirigiéndose á la nación hebrea alegóricamente, considerándola como una niña. Dice así: «*Tú fuiste arrojada sobre la tierra, con desprecio de tu vida el mismo día en que naciste. Estabas desnuda, inmunda y llena de confusión. Yo te vi, y compadecido, extendí sobre ti la punta de mi manto, y cubrí tu ignominia, y te hice un juramento, é hice contigo un contrato solemne (dice el Señor Dios), y desde entonces fuiste mía. Y te lavé con agua, y te limpié de tu inmundicia, y te ungi con óleo..., y quedaste extremadamente hermoseaada y llegaste hasta ser reina.*» (XVI.)

Amados míos en el Señor: este compendioso relato de lo que dijo el Profeta á aquella niña, es una figura bellísima de lo que acontece á nuestra alma en el estado de culpa, antes del Bautismo, y de la hermosura celestial con que, por la misericordia de Dios, sale después revestida al recibir las aguas bautismales. Fijémonos un momento en el texto sagrado.

¿Quién es esa niña que fué arrojada sobre la tierra, con desprecio de su vida, en el mismo día de su nacimiento?—Es nuestra

pobre alma, que vino á este mundo, cubierta de ignominia por el pecado de origen, muerta á la vida de la gracia, y muerta para el cielo y para Dios. ¿Qué mayor desnudez, inmundicia y confusión que ésta? (*Eras nuda et confusione plena.*)

«Por un hombre—dijo el gran Apóstol—ha entrado el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; así es que la muerte ha pasado á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron (1).» Quiere esto decir, que el hombre, tal como Dios le crió, no estaba destinado á morir, sino que fué creado inmortal; porque Dios no es autor de la muerte; pero el hombre mismo, pecando voluntariamente, dió origen á nuestras desdichas y todos nacemos *mortales y muertos*; mortales en cuanto al cuerpo, y muertos en cuanto al alma; mortales en la naturaleza, porque todos hemos de morir en pena del pecado; muertos á la gracia, porque la gracia es la vida del alma, y el pecado de Adán nos privó de ella. Adán quiso saborear el fruto prohibido, y la muerte fué el castigo de aquella desobediencia. He aquí por qué el Apóstol dijo expresamente: «*La muerte proviene del pecado.*» (*Stipendia peccati mors*). (Rom., VI, 23.)

¡Oh desdicha inmensa! ¡Cuánto mayor es nuestra ignominia que la que refiere el Profeta Ezequiel en aquella niña alegórica! Adán fué prevaricador y los efectos de aquella prevaricación la experimentamos en nosotros todos sus hijos. Todos nacemos en pecado y estamos sujetos á su pena; esto es, al oprobio, á la ignorancia, á la concupiscencia, á las enfermedades, á los dolores y á la muerte... ¿Qué sería de nosotros si no fuera porque «*Jesucristo*, según dijo San Pablo, *es para nosotros sabiduría procedente de Dios, y justicia, y santificación y redención* (2)».

«Por el pecado original—dijo San Próspero—el hombre perdió la ciencia del bien, la iniquidad ahuyentó á la justicia, el orgullo destruyó la humildad, la concupiscencia atacó á la continencia, la infidelidad arrojó fuera á la fe, el cautiverio reinó en lugar de la libertad, y la virtud no pudo permanecer en un lugar invadido por tantos vicios.» (*Sentent.*) ¿Es posible imaginar estado más infeliz que el del alma humana antes de ser regenerada por el Bautismo?

Dicen algunos doctos, que nuestro primer padre, al comer de la fruta prohibida en el paraíso, cometió *ocho pecados*, y en virtud de ellos el Cardenal Belarmino enumera *diez castigos* del Señor, im-

(1) In omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt. (Rom., v. 12.)

(2) Christus factus est nobis sapientia a Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio. (I Corint., I, 30.)

puestos á la naturaleza humana como justa pena de su prevaricación.

Los pecados, dicen, fueron los siguientes:

1.º Pecado de *orgullo*, prefiriendo ser dueño de sí mismo á quedar sometido al poder divino.

2.º Pecado de *excesiva condescendencia* con su esposa, á la que no quiso desairar, cuando le presentó la fruta prohibida.

3.º Pecado de *curiosidad*, pues, según afirmación de la serpiente, serian abiertos sus ojos tan luego como comiera dicha fruta.

4.º Pecado de *incredulidad*, no dando fe á las amenazas de su Criador, que le dijo: «*En cualquier día que comieres del árbol de la ciencia del bien y del mal, morirás infaliblemente.*» (*Morte morieris.*)

5.º Pecado de *presunción*, considerando cosa leve la prohibición terminante que el Señor le había hecho.

6.º Pecado de *gula*; pues teniendo bastante para la vida con los diversos frutos de los demás árboles, ¿por qué había de comer del prohibido?

7.º Pecado de *desobediencia*; pues el precepto del Señor fué clarísimo. «*No comas*», le dijo; mas Adán, abusando de su libre albedrío, comió voluntariamente.

8.º Pecado de *poca sinceridad*, excusándose ante Dios, en vez de confesar humildemente su culpa. ¡Cuántos pecados en un solo acto!

Los castigos no podían menos de sobrevenir, y fueron, según el citado Belarmino (*In Eccles.*), los diez siguientes:

Ignorancia en el entendimiento.

Perversidad en la voluntad.

Desorden en la concupiscencia.

Trabajos y dolores en el cuerpo.

La muerte temporal y eterna.

Ser objeto de la ira de Dios.

Quedar esclavo del demonio.

Perder la paz con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.

Sufrir la rebelión de los animales, que dejaron de estar sumisos al hombre.

Soportar todos los males, previstos ó imprevistos, que sobrevienen, ya del firmamento, ya de la tierra, ó ya de los mares.

De modo que todos estos males y cuantos al hombre puedan acaecer, son fruto del pecado cometido por nuestro primer padre. ¡Qué malicia encerrará en sí el pecado, cuando tan severamente le castiga Dios! Y si con tanto rigor es castigado en nosotros *el pecado*

original que Adán cometió, ¿cómo castigará el Señor *los pecados propios* y personales que nosotros con todo conocimiento y voluntad cometemos? Lo dejo á vuestra consideración piadosa; y sabiendo ya cuál es el estado del alma antes del Bautismo, ó sea cuando está manchada con la culpa original, importa que consideremos ahora la maravillosa transformación que en ella se realiza, al ser regenerada con las aguas bautismales.

PUNTO 2.º

ESTADO DE GRACIA DESPUÉS DEL BAUTISMO

«*Estabas—dice el Señor al alma (según la alegoría de Ezequiel)—estabas desnuda, inmunda y llena de confusión; mas yo puse mis ojos en ti, y te lavé con agua, y te limpié de tu inmundicia y te ungi con óleo... y quedaste extremadamente hermosa y llegaste hasta ser reina.*» Esto dijo el Señor Dios, y esto es precisamente lo que hallamos realizado en la pila bautismal. ¿Quién no sabe que nuestra pobre alma llega á la sagrada fuente *desnuda* de merecimientos, asquerosa con la inmunda lepra del pecado, esclava del demonio é hija de ira, y que allí es *lavada, y purificada, y limpia, y ungiada con óleo sagrado*, quedando instantáneamente santa, pura, hermosa, hija de Dios, esposa del Espíritu Santo, y heredera de la patria celestial, donde ha de reinar por perpetuas eternidades? «*Sal de ella, espíritu inmundo—dice el Sacerdote—y deja que la ocupe el Espíritu Santo consolador.*» (*Exi. ab eo, immunde spiritus, et da locum Spiritui Sancto paraclito.*)

Esto dice el Ministro del Señor, y el demonio queda confundido, y luego, derramada el agua sobre la cabeza del bautizado, bórrase la culpa original, el Espíritu Santo toma posesión del alma; *muere el viejo Adán, nace el Adán nuevo*, y el Señor Dios infunde en dicha alma la gracia santificante, la caridad divina y todas las demás virtudes, y dones y carismas, de tal suerte, que puede en verdad exclamar con Isaías: «*Me regocijaré con gozo en el Señor: mi Dios me ha adornado con los vestidos de la salvación, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como á esposo adornado con guirnaldas, y como á esposa ataviada con sus joyas.*» (Isal., LXI, 10.)

Verdaderamente, estas y otras muchas inefables y misteriosas maravillas tienen lugar en el Sacramento del Bautismo, en el cual el alma queda enteramente transformada, y aunque no lo veamos con los ojos de la carne, lo vemos con la luz de la fe y lo experi-

mentamos y saboreamos con el paladar del espíritu, y el espíritu queda embriagado de dulzura al considerarse estrechamente unido á Dios, participante de su divina naturaleza é hijo suyo amadísimo. ¡Quién no se asombra al considerar tan inauditos favores!

Al punto que Jesús fué bautizado, dice el sagrado Evangelio, que *al salir del agua le quedaron abiertos los cielos, y vió al Espíritu Santo que bajaba sobre él como una paloma, y que al mismo tiempo se oyó una voz del cielo, que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias* » (*Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui.*—Matth. III, 16 17.) Prodigios asombrosos, que por modo invisible tienen lugar en el Bautismo de cada cristiano. Allí se abren las puertas del cielo para su alma; allí baja el Espíritu Santo sobre ella para santificarla y hermosarla; allí Dios Padre declara, con la voz de la fe, que es su hija muy amada en la cual tiernamente se complace; allí parece que resuena la inspirada voz del Profeta Ezequiel, diciendo Jesús al alma: «*Vive, amada mía, vive; porque yo he extendido mi manto sobre ti, y entré en concierto contigo, y ya eres mía. Te vestí con ropas de varios colores, y te di calzado de color de jacinto, y ceñidor de lino fino, y te cubrí con manto finísimo. Te engalané con ricos adornos, y puse brazaletes en tus manos, y un collar alrededor de tu cuello. Y adorné con joyas tu frente, y tus orejas con zarcillos, y tu cabeza con hermosa diadema. Y quedaste ataviada con oro y con plata, y vestida de fino lienzo y de bordados de varios colores..., y viniste á ser extremadamente bella... por los adornos que yo puse en ti* » (Ezeq., XVI.) Es decir, por las gracias innumerables con que yo te ensalcé y dignifiqué.

Tal es, en resumen, la soberana belleza del alma enriquecida y sublimada por las aguas saludables del Bautismo. «*Todos los que hemos sido bautizados, hemos sido revestidos de Jesucristo* (1).» Es decir, que hemos sido incorporados á Cristo, casi transformados en Cristo, y en El y por El somos hechos hijos de Dios. Revestirse de Cristo, en lenguaje bíblico, es hacerse como una sola cosa con El; es tanto como reproducir en nosotros la misma persona de Cristo; ó como dijo el Crisóstomo, es transformarnos en Cristo por semejanza y ser, en cierto modo, lo que El es. El es por naturaleza Hijo de Dios, y nosotros lo somos por gracia. Con la misma gracia que el hombre es hecho cristiano, es el cristiano hecho semejanza de Cristo.

Consideremos bien ¡oh cristianos! cuál es nuestro honor y cuál

(1) Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis. (Galat., III, 27.)

nuestra grandeza. ¿Nos hallamos revestidos de Cristo? Vivamos, pues, como otros Cristos. ¿Cristo vivió como Hijo de Dios? Como Hijos de Dios hemos de vivir nosotros. ¿Cristo dijo: «Yo hago siempre las cosas que son del agrado de mi Padre. Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió?» Esto y no otra cosa hemos de decir y obrar nosotros, que por eso el mismo divino Salvador nos enseñó á orar, diciendo: «Padre nuestro... hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» *

Ya os he mostrado, carísimos hermanos, aunque brevemente, lo que éramos antes del Bautismo y lo que somos después de él. Hasta aquí, forzoso es decirlo, hemos sido ingratos á tan inmensos beneficios; tal vez no haya entre nosotros uno que haya correspondido fielmente á las gracias divinas. Esta es la mayor de las desdichas, esto es lo peor que puede acontecernos, y por lo mismo, quiero terminar hoy esta pequeña instrucción, diciéndoos con San Pablo en la Epístola de este día: «*Hermanos míos: Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne, y es, que así como antes habéis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la inmundicia y á la iniquidad, así ahora los empleéis en el servicio de la justicia para que os hagáis santos.*» Hagamos, pues, lo que esté de nuestra parte, comprendiendo que Dios no exige imposibles, y estemos seguros que el Señor en su misericordia nos ha de perdonar nuestras miserias pasadas, y después, perseverando en su gracia, nos ha de llevar á las eternas mansiones de la gloria. Amén.

* Hermanos míos: ¡Cuán magnífica y consoladora es la verdad católica que acabo de indicaros! ¡Gran desdicha fué la caída de nuestro primer padre y el reato de pecado original que nos legó por herencia; pero gran felicidad para nosotros el ser regenerados en Cristo y recobrar la gracia santificante en el Santo Bautismo! Sin embargo, va llegando á tal extremo la demencia de algunos cristianos, que desconociendo los inmensos beneficios que proporciona á sus hijos la recepción del Bautismo, dejan transcurrir semanas y aun meses antes de llevarlos á la sagrada fuente, exponiendo á las débiles criaturas á que pierdan la gracia de la regeneración, y tal vez el cielo para siempre. No rechazan el Bautismo, es verdad, pero lo diferan por cualquier motivo, como si fuera un acto de poquísima importancia.

No olviden los padres que las tendencias de los actuales tiempos es descatalogar el mundo, y procurar por todos los medios imaginables, que no haya bautismo, que se secularice el nacimiento, y el matrimonio, y el entierro, y el Estado y la vida social, y que vivamos á lo pagano, renegando de Cristo nuestro Señor y de su Iglesia inmaculada. ¡Pobres hombres, y pobres sociedades si no retroceden en sus vías pésimas!

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo VII después de Pentecostés.

Efectos del pecado y de la gracia.

HERMANOS míos amadísimos: Todos deseamos ser felices en la tierra; todos sentimos dentro de nosotros una secreta inclinación á buscar la felicidad en todo cuanto hacemos. ¿Por qué muchos hombres obran lo malo dejándose llevar de sus pasiones, sino porque cifran su dicha en los placeres groseros que en ello experimentan? ¿Por qué rehusan practicar lo bueno y combatir las concupiscencias rebeldes, sino porque miran como cosa aflictiva la mortificación de sus potencias y sentidos? Obran lo malo, porque para sus goces mundanos lo estiman bueno; y no obran lo bueno, porque para su vida de placeres terrenos, lo consideran malo. Tales hombres viven engañados; buscan la felicidad donde no está; fáltales la fe y el mirar las cosas tales como son, y si tienen fe es como dormida y obran como locos, anteponiendo los deleites terrenos á los celestiales; el vicio á la virtud, lo temporal á lo eterno.

Para combatir, pues, tan funesta aberración, levanta su voz el Apóstol San Pablo, y en la Epístola de este día nos habla en substancia de este modo: «*Hermanos, os pido lo menos que puedo pedirlos en atención á vuestra flaqueza; y así me contento con que hagáis por la santificación de vuestras almas lo que hicisteis por el pecado. Cuando erais esclavos del pecado, sacudisteis el yugo de la justicia, y ¿qué frutos sacasteis sino la muerte eterna? Mas ahora que vivis libres de culpas y sois siervos de Dios, ¿no veis que tenéis por fruto vuestra santificación y por fin la vida perdurable? La recompensa de los que sirven al pecado es la muerte; mas la gracia de Dios es vida eterna en nuestro Señor Jesucristo.*» (Rom., VI, 19 al 23.)

Clarísima, amados míos, se ostenta aquí la necesidad de morir al pecado y de vivir á la gracia, aun atendiendo sólo á nuestro propio bien; y para que esta verdad se quede profundamente impresa